



© La leyenda de Gara y Jonay

© Ismael Lozano Latorre

ISBN: 978-84-944031-0-1

Depósito Legal: GC 603-2015

Primera edición: septiembre 2015

Segunda edición: noviembre 2016

Edición: Editorial siete islas [www.editorialsieteislas.com](http://www.editorialsieteislas.com)

Correcciones y estilo: Laura Ruiz Medina

Fotografía y diseño portada: Ismael Martín Perdomo

Modelos: Itahisa Lasso Núñez y Valentín Díaz Guadalupe

Ilustraciones: Mayte Pozo Hernández

Book Tráiler disponible en nuestro canal de Youtube

Visita nuestro blog: [www.blogeditorialsieteislas.com](http://www.blogeditorialsieteislas.com)

Si quiere recibir información sobre nuestras novedades envíe un correo electrónico a la dirección: [editorialsieteislas@gmail.com](mailto:editorialsieteislas@gmail.com)

Y recuerde que puede encontrarnos en las redes sociales donde estaremos encantados de leer vuestros comentarios.

**#laleyendadeGarayJonay #editorialsieteislas**

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin la autorización previa por escrito del editor. Todos los derechos están reservados.

La Leyenda

de

# Gara y Jonay

ISMAEL LOZANO LATORRE



editorial  
siete islas



*Para Elisa,  
por sujetarme cuando me caigo  
y prestarme sus alas para volar.*





# Primera parte

## Gara







# Capítulo

## Uno



**G**ara siempre supo que su vida iba a tener un final trágico, era un hecho que había asumido desde pequeña, lo tenía tan claro como que el día era luminoso y la noche oscura, y por mucho que sus amigas trataban de quitarle esa idea de la cabeza no lo conseguían.

El origen de sus miedos fue la noche en que su madre, sentada a los pies de su cama, le contó la antigua leyenda guanche de la princesa que llevaba su nombre, hablaba de una joven gomera que se enamoró de Jonay, el hijo del Mencey de Adeje y de cómo los dos amantes terminaron quitándose la vida por no poder vivir un amor que era más fuerte que ellos.

A Gara le impresionó mucho el relato, sobre todo el final de la historia en el que los dos enamorados afilaban una vara de cedro y se ponían cada uno un pico en el pecho. La idea de ese último abrazo en el que la madera atravesaba sus corazones era algo que no había conseguido borrar.

¿Qué le habría dicho Gara a Jonay en ese momento? ¿Y él a ella? ¿Cuáles habrían sido sus últimas palabras?

Algo en su interior le decía que no habían pronunciado palabra, posiblemente, el hijo del Mencey había alargado los brazos mirándola con cariño, las lágrimas y el miedo se habían evaporado y la joven Gara había avanzado hacia su cuerpo ignorando el dolor, guiada por ese abrazo que sabía que sería eterno. Nada ni nadie podría separarlos jamás, a partir de ese instante, estarían juntos para siempre.

A Gara le gustaba imaginar que en su último aliento Jonay había dejado escapar un “te quiero”, un “te quiero” que humedeció el aire y que todavía se podía escuchar en algunos rincones del Parque Nacional de Garajonay, ella creía haberlo oído alguna vez cuando se sentaba a solas, en el bosque, con los ojos cerrados, pensando en los dos amantes y en cuándo le tocaría vivir a ella una historia de amor tan intensa como la de ellos.

—Tiene que haber un Jonay para mí —había susurrado más de una vez en su infancia—. Estoy segura.

# Capítulo

## Dos



**G**ara lo tenía todo en la vida, la naturaleza la había premiado con una belleza envidiable que hacía suspirar a los cedros, sus ojos eran de un azul tan oscuro como el fondo del mar y sus labios estaban impregnados con la dulzura de la miel de palma. Era guapa, alegre e inteligente, su familia disfrutaba de una posición privilegiada en la isla, poseían varios hoteles y casas rurales de lujo repartidas entre Agulo, Hermigua, Vallehermoso y San Sebastián de La Gomera, lo único que le faltaba era lo que ella consideraba más importante, encontrar el amor.

Gara no estaba obsesionada con enamorarse, al contrario, le encantaba su soltería y poder disfrutar todo el día paseando con sus amigas, pero reconocía que era una gran apasionada de las novelas románticas y no podía evitar, al perderse entre sus páginas, lanzar algún que otro suspiro anhelando que a ella alguna vez le dijeran las cosas tan bonitas que los príncipes azules les decían a sus protagonistas.

Soñaba con una historia de amor prohibida y apasionada, como la de la leyenda que llevaba su nombre, pero evidentemente con un final feliz, deseaba que en alguna ocasión le ocurriera lo mismo que le sucedió a la princesa de Agulo cuando vio por primera vez a Jonay, que sus miradas se cruzaran y tuviera claro que era el amor de su vida.

—Los flechazos no existen —le había dicho una vez Ithaisa—. El amor germina poco a poco, como las plantas en el monte, hay que regarlo y mimarlo para que crezca y se pueda convertir en un árbol grande.

Gara sonrió como siempre le sonreía a su amiga, mostrando toda la dulzura que contenía su rostro y bañándola de ternura.

—Eso no siempre es así —le contestó creyendo sinceramente en lo que le decía—. La media naranja existe, cada una de nosotras tenemos un alma gemela que nos está esperando.

Ithaisa, puso los brazos en jarra como hacía cuando algo le disgustaba y decidió contradecir la teoría de su amiga.

—Y si eso es así... —comenzó a argumentar arrugando el entrecejo— ¿Cuál es la probabilidad de que esas dos mitades se encuentren? ¿Cómo va a saber la tuya que estás en La Gomera? ¿Cómo nos van a encontrar aquí?

Gara acercó su mano al rostro de su amiga y recogió uno de sus mechones rizados.

—El destino Itha, ahí interviene el destino, desde que nacemos ya está escrito si la vamos a encontrar o no.

Ithaisa frunció el ceño de nuevo y decidió no continuar, se quedó en silencio y Gara la rodeó con sus brazos en actitud cariñosa.

—No te preocupes guapa —le dijo afectuosamente—. Si los príncipes existen vendrán a por nosotras, aunque tengan que recorrer a caballo todos los barrancos de la isla.

—¿Y si no vienen? —le preguntó su amiga que empezaba a preocuparse porque el resto de las chicas de su clase ya tenían pareja.

Gara sonrió y le dio un dulce beso en la mejilla.

—Si no vienen, siempre nos tendremos la una a la otra.

# Capítulo

## Tres



**B**ernarda, la madre de Ithaisa, hacía el mejor almogrote de la isla, todo el mundo lo decía, desde los chefs de los restaurantes más importantes hasta las amas de casa, su fama había ido creciendo con los años al contrario que su suerte.

Bernarda era una mujer humilde, se había quedado embarazada con dieciséis años de un majorero que jamás volvió a la isla, nunca la llamó por teléfono ni le envió ninguna carta, simplemente, cuando le dijo que iba a ser padre, desapareció y no quiso saber nada más de ella.

La mujer había llorado mucho y decían las malas lenguas que eran sus lágrimas las que le daban ese sabor tan especial al plato, porque siempre que cocinaba se acordaba de la primera vez que lo elaboró para él y no podía contener el llanto.

—Este almogrote sabe a suspiros —solían comentar algunos expertos—. A suspiros y a la magia de La Gome-  
ra.

Bernarda tenía muchos encargos, se pasaba las mañanas en la cocina trabajando con el mortero, su hija solía verla desde la puerta y muchas veces la ayudaba pelando dientes de ajo.

—Tienes que aprenderte la receta Itha —le decía su madre—. Cuando yo sea viejita serás tú la que tengas que elaborarlo.

Pero a Ithaisa no le gustaba la cocina, ella prefería los árboles y correr por el bosque, le encantaba escaparse del pueblo y recorrer los senderos, lo hacía sola desde pequeña, se tumbaba en la hierba, cerraba los ojos y dejaba que el sol la golpeara en la cara.

—Yo tuve un padre —solía decir—. Un padre que olía a queso de cabra y ovejas.

El tiempo pasaba y aunque la venta del almogrote le daba los ingresos necesarios a la familia, cada vez eran más insuficientes. Ithaisa crecía, en tres años empezaría la ESO y en un futuro tendría que pagarle la universidad, quizá por eso, Bernarda, tuvo tan clara su decisión cuando Doña Arminda fue a visitarla.

—Es un puesto de cocinera —le explicó la ostentosa mujer—. Cocinera en nuestro hotel más importante, el de San Sebastián de La Gomera.

Bernarda asintió con las manos manchadas de queso.

—Tendría que venirse a vivir allí —continuó la madre de Gara—. Le daríamos una habitación y podría instalarse con su hija.

—Sí señora, por eso no se preocupe, a mí Itha le vendrá bien vivir en la capital, siempre hay muchas más oportunidades que en un pueblo.

Doña Arminda se acercó a la mujer y contempló el contenido del mortero, los trozos de queso rallados, la pimienta cortada, el pimentón, los ajos y el aceite de oliva. Acercó su fina nariz para inspirar su aroma, olía a paz, tristeza y desasosiego y sin poderlo evitar introdujo uno de sus dedos y se lo llevó a la boca.

—Excelente —masculló mientras lo saboreaba y la cocinera asintió complacida.

—¿Quiere un poco más? —le ofreció Bernarda—. Le puedo dar un tarro recién hecho.

Doña Arminda observó los ojos verdes de la mujer, eran del color de los bosques, de la laurisilva cuando está creciendo.

—No hace falta Bernarda, conozco su almogrote de sobra.

La cocinera se limpió las manos en su delantal.

—El salario no será muy alto —se excusó la señora—. Tiene que tener en cuenta que correremos con los gastos del alojamiento y la manutención.

Bernarda trató de hacer cuentas mentales de la cantidad de la que estarían hablando.

—No se preocupe señora, tener un sueldo fijo ya es mucho más de a lo que puedo aspirar, ganaría en tranquilidad.

Doña Arminda sonrió, le caía bien esa mujer, tan llana, tan pura, tan sencilla.

—Y sólo una cosa más que espero que entienda —le advirtió haciendo que los ojos de laurisilva se clavaran fijamente en ella—. En el contrato añadiremos una cláusula, una vez empiece a trabajar para nosotros solo podrá elaborar almogrote para el hotel, no podrá vender fuera, todo aquel que quiera probar el manjar de Bernarda tendrá que acudir a nuestro restaurante.



La mujer asintió y la señora le tendió la mano como si estuvieran firmando un contrato mucho más valedero que el de papel, el de dos mujeres que llegan a un pacto que nada ni nadie podrá romper.

—Pues así será, la semana que viene, si quieren, se pueden instalar ya en el hotel.

Cuando Doña Arminda le contó a su marido esa noche el acuerdo al que había llegado, Don Facundo no se lo tomó muy bien, expulsó el humo de su cigarro a borbotones, como si se estuviera atragantando y esperó a que su mujer se lo explicara de nuevo más detenidamente.

—No me gusta, Arminda —desaprobó—. Esa mujer es madre soltera ¡Son dos bocas que alimentar! ¡Son muchos gastos aparte del sueldo! ¿Y todo por qué? ¿Por el almogrote? Hay muchas señoras dispuestas a trabajar en el hotel con menos complicaciones.

La madre de Gara se aproximó a su marido y le dio un beso en los labios para que se calmara y dejara de protestar.

—Por eso mismo Facundo —le explicó—. Todo el mundo no tiene la misma suerte que nosotros, debemos estar agradecidos y ayudar, te puedo asegurar que Bernarda se convertirá en la mejor cocinera que hayamos tenido nunca.

# Capítulo

## Cuatro



**S**in lugar a dudas, lo que más llamaba la atención del rostro de Gara eran sus ojos, ojos grandes, profundos, dotados de una gracilidad que parecía que sus pestañas más que moverse flotaban en el halo mágico que reflejaban sus córneas.

¿De qué color eran? Posiblemente ese fuese un tema muy controvertido que podría generar un largo debate, había quien decía que eran azules y otros aseguraban que eran de un bellissimo negro. Dependía del día, de la hora y del estado de ánimo de la chica, aunque en términos generales se podía argumentar que eran como el título de aquella película española que ella había visto más de diez veces: “Azuloscurocasi-negro”.

Podías mirar su iris y dejarte hipnotizar por la cantidad de matices que ibas descubriendo según pasaban los segundos. Sus pupilas estaban rodeadas de las gélidas corrientes del fondo del mar, miles de criaturas extraordinarias se escondían

bajo sus pestañas, parecía que el más hermoso coral había sido creado para engarzarse a su mirada.

—Es como asomarse a un abismo —le habían dicho alguna vez y ella sonreía avergonzada.

Cuando Gara estaba contenta sus ojos brillaban, el sol se asomaba al océano de su mirada y los teñía de preciosos destellos dorados, pero en cambio, cuando estaba triste, el negro se apoderaba de todo, pequeños remolinos engullían los tonos azulados y los peces se aferraban a sus pupilas desesperados, no quedaba nada, sólo negrura, oscuridad y las lágrimas que se derramaban por sus mejillas dejando surcos de ceniza.

Gara había heredado los ojos de su padre aunque con una sutil diferencia, los de ella reflejaban el mar y los de Don Facundo el cielo, con las emociones le sucedía lo mismo que a ella, el color le cambiaba, pasaba de la claridad del día a oscuros cielos de tormenta. Doña Arminda siempre decía que los de la pequeña eran más bonitos.

—Fíjate en sus ojos —le decía a su marido—. Es como si la oscuridad de la noche irradiara tonos celestes.

Y su esposo, sin dejar de acariciar al bebé que los miraba desde su cuna, le contestaba con ternura.

—Eso es porque todavía no ha llorado lo suficiente, los ojos que no se han secado son más vivos, los míos, con los años, se han apagado del todo.

# Capítulo

## Cinco



**L**a habitación de Bernarda e Ithaisa en el hotel era modesta, apenas tenía mobiliario, la dotación consistía simplemente en dos camas, un armario y una mesita de noche, pero la cocinera lo vio suficiente; emprendía con ilusión esa nueva etapa de su vida que esperaba fuese más floreciente.

A Ithaisa, en cambio, todos esos cambios le horrorizaron, trasladarse a la capital la hizo alejarse del bosque y eso a ella la mortificaba, se pasaba las horas metida en la habitación contando las nubes que pasaban por su ventana, ni siquiera tener la playa cerca la alentó, ella añoraba los cedros, los brezos y los acebiños. Echaba de menos el cántico de los pájaros.

—Itha, deja de refunfuñar —le reñía su madre—. Cualquiera diría que nos hemos ido a Madrid, esto no es tan diferente del pueblo.

Pero para la niña el cambio había sido muy grande, no tenían coche y no podía visitar a sus antiguas amigas, allí estaba

sola, sola con su madre que se pasaba todo el día metida en la cocina envuelta entre salsas y pescado fresco, quizá, por eso, cuando vio pasando por el pasillo de personal a la hija de los señores Curbelo le hizo tanta ilusión.

—Hola —le dijo sacando su pequeña cabeza de pelos rizados por la puerta de su habitación.

Gara, que llevaba en su mano un helado se giró y la miró, era la primera vez que la veía, no solía haber muchos niños por esa zona del hotel.

—Hola —le respondió— ¿Quién eres?

Ithaisa sacó el resto del cuerpo de sus aposentos y se plantó en mitad del pasillo de un salto.

—Soy un hada del bosque —le contestó—. Hija de un mirlo y una paloma, nací debajo de un madroño.

Gara, que hasta ese momento se había mantenido distante se acercó con curiosidad y al ver como la niña observaba su helado le ofreció un poco.

—¿Quieres? Es de pistacho.

Los ojos verdosos de Ithaisa sonrieron pero negó con la cabeza.

—No me gustan los pistachos, gracias.

La pequeña de los señores Curbelo volvió a lamer su helado mientras observaba a la desconocida, Ithaisa parecía de su edad, quizá un poco más pequeña, tenía el pelo moreno y rizado, pero lo que más llamaba la atención de ella eran aquellos profundos ojos verdes. Gara sonrió, le alegraba haber encontrado a un hada en mitad del pasillo.

—Pues es mi helado favorito.

La hija de la cocinera se acercó a la niña y le susurró a la oreja como si le estuviera contando un secreto.

—¿Sabías que los pistachos pueden sufrir combustión espontánea? Me lo explicó mi madre, es porque tienen mucha

grasa y poco agua. Cuando se almacenan en grandes cantidades pueden arder solos ¡Así que ten cuidado! Yo no comería mucho helado de pistacho para no salir ardiendo.

—Estás de broma ¿No? —protestó Gara mirándola como si estuviera loca—. Además... ¿No decías que tu madre era una paloma? ¿Cómo te iba a contar ella lo de los pistachos?

Ithaisa puso los brazos en jarra fingiendo cabreo.

—Soy un hada ¿Lo olvidabas? ¡Las hadas podemos hablar con los pájaros!

Gara se rió y al hacerlo la bola del helado se le escurrió de la mano terminando en el suelo. La niña se quedó un segundo en silencio sin saber cómo reaccionar hasta que terminó soltando otra sonora carcajada.

—Hay que mirar el lado positivo —comentó entre risas—. Por lo menos no ha explotado.

La hija de la cocinera se puso seria como si acabara de suceder una catástrofe.

—Debemos acordonar el perímetro —le dijo repitiendo una de tantas frases que había escuchado en televisión—. Nadie puede acercarse a esta zona hasta que desactivemos la mina.

Gara sacó una servilleta de papel de su bolsillo y se agachó para recoger parte del helado antes de que terminara de derretirse formando un charco aún mayor.

—Lo que tenemos que buscar es una fregona si no queremos que ningún camarero se resbale por mi culpa.

Ithaisa avanzó dando pequeños saltos por el pasillo simulando que tenía alas y que podía caminar sin posar los pies en el suelo y volvió a los pocos segundos con un cubo y el resto de los utensilios.

—Déjame —le pidió Gara—. Lo limpio yo.

La pequeña hada miró a la hija de los señores Curbelo y negó con la cabeza.

—No —contestó—. Lo hago yo, tú te podrías manchar ese vestido tan bonito que llevas.

Por primera vez, desde que comenzó la conversación, Gara observó la ropa que llevaba la niña y se sintió mal. Ithaisa vestía con un pijama roto y descolorido, como si lo hubiese usado y lavado muchas veces y ella, en cambio, lucía una falda preciosa de raso que le había comprado su padre en Tenerife y una blusa blanca con bordados a juego.

—Dámela —insistió Gara—. Lo he tirado yo y debo ser yo quien lo limpie.

La chica de los ojos verdes prosiguió con los brazos en jarra negándose abiertamente, Gara, en un descuido alargó la mano y trató de arrebatarle la fregona, forcejearon entre risas y en un despiste el cubo se volcó y todo el contenido acabó esparcido entre las baldosas. Ithaisa se escurrió, se agarró a Gara y las dos terminaron en el suelo cubiertas de espuma y caladas hasta los huesos.

—¡Pero señorita Gara! —gritó una voz alarmada que salía del vestuario de personal— ¿Qué hace ahí tirada revolcándose en la porquería?

La cabeza de la niña trató de ocultarse tras su nueva amiga, sabía que si su padre se enteraba de lo que acababa de suceder le iba a caer una buena regañina.

—Nada Paulina —se disculpó—. Ha sido un accidente.

La mujer se acercó a las dos niñas y las miró con desaprobación.

—Suba corriendo a cambiarse que va a coger un resfriado —le dijo con voz autoritaria—. Y tú, Ithaisa, haz lo mismo que como te vea tu madre te va a dar un par de azotes ¡Ya me encargo yo de recoger este desastre!

Las niñas se levantaron del suelo sin poder contener la risa y Gara salió corriendo por el pasillo en dirección a la zona de clientes, pero antes de desaparecer, se giró y miró a la chica de ojos verdes por última vez.

—¡Ithaisa! —la llamó usando el nombre que acababa de utilizar Paulina.

La hija de la cocinera la miró y se encogió de hombros sin saber que quería.

—¡Que me ha gustado mucho conocer a un hada! —le gritó ante la mirada amenazadora de la mujer que fregaba el suelo.

Ithaisa se rió y antes de verla desaparecer le contestó: “Yo también me alegro de haberte conocido, pero recuerda ¡cuidado con los pistachos!”.



# Capítulo

## Seis



**L**a llegada de Ithaisa al hotel fue una brisa de aire fresco para la aburrida y encorsetada vida de Gara, la joven hada iba a buscarla todos los días y se pasaban la tarde riéndose y corriendo por la playa lejos de las charlas y recomendaciones de sus padres, ya no tenía que escuchar por unas horas cómo debía sentarse y hablar una señorita, durante sus escapadas podía ser libre y hacer lo que le diera la gana con aquella nueva amiga que sabía realmente lo que era jugar y divertirse sin pensar en lo que era correcto o no.

—Echo mucho de menos el bosque —le dijo una tarde Ithaisa mirando hacia los altos riscos de las montañas.

Gara se quedó en silencio un segundo observando las cumbres que la rodeaban y pensando qué habría allí que tanto la apesadumbraba.

—¿Qué hacías en el campo cuando te escapabas sola?

Ithaisa cogió la mano de su amiga mientras sus pies descalzos caminaban por la orilla de la playa, la arena negra

jugaba con sus pies y la silueta del Teide, protegida por las nubes, las vigilaba.

—Nada, simplemente tumbarme y cerrar los ojos, escuchar las voces de la naturaleza.

La hija de los señores Curbelo se encogió de hombros.

—¿Las voces de la naturaleza? —le preguntó.

—Sí —le contestó como si se tratara de una certeza absoluta—. En nuestros bosques todo está vivo, desde los árboles a los líquenes, pasando por las rocas y los helechos.

Gara enarcó las cejas y estuvo a punto de comentarle lo que habían dado en el colegio el último día sobre los seres vivos y protestar por lo que había dicho sobre las piedras, pero dejó que continuara.

—A veces, si te quedas en silencio, puedes llegar a escuchar la respiración de los cedros.

La mano de Gara acarició su melena rizada y lanzó un pequeño suspiro al ver que eso realmente apenaba a su amiga.

—Si quieres, un día que tu madre no trabaje, le puedo pedir a la mía que cojamos el coche de papá y subimos al Parque, así me podrás enseñar a escuchar a las plantas.

Los ojos verdes de la niña la miraron ilusionada.

—¿En serio?

—¡Claro! A mi madre no le gusta mucho el campo pero seguro que si se lo pido accede.

Aquella tarde las niñas se quedaron en la playa para ver ocultarse el sol, el sonido calmado de las olas las acompañó mientras el último barco salía del muelle en dirección a Tenerife. Eran dos chicas realmente bellas y las baldosas rosáceas del paseo marítimo sintieron celos de ellas.

Al llegar al hotel Gara informó a sus padres de lo que había pensado. Su madre, que estaba tumbada en la cama leyendo una revista, asintió con la cabeza pero Don Facundo puso cara de desaprobación.

—No me gusta que pases tanto tiempo con esa niña, Gara —la reprendió—. ¡De verdad! ¡No sé que ves en ella! ¿Por qué no quedas con Elvira o con la hija de los señores Betancort?

Gara recordó las tardes que había pasado con las otras niñas, las conversaciones grises y anodinas sobre costura o cuál tocaba mejor la flauta o el piano. Realmente, las amistades que le buscaba su padre no eran las más divertidas.

—Me aburro con ellas —contestó con malos modos, ofendida porque hubiese criticado su amistad con Ithaisa.

—¿Pero no te das cuenta de que esa niña no es como tú? ¡Como nosotros! —insistió—. Sólo hace falta veros juntas ¡Ella es la hija de la cocinera y tú de los dueños del hotel! ¡Sois totalmente distintas!

Doña Arminda, que hasta ese momento había permanecido callada, dejó la revista sobre la cama y miró a su marido.

—¿Distintas por qué Facundo? —le preguntó a su esposo.

—¡Sólo tienes que ver sus ropas! Su madre la tiene todo el día vestida con harapos ¿Qué tipo de influencia puede ser para nuestra pequeña? ¿No os dais cuenta de que debería juntarse con gente de nuestra clase?

El labio de Gara se arrugó pero trató de contener su enfado.

—Si el problema son las ropas —sentenció dolida—. Y que su madre no puede comprarle nada mejor ¡Quizá el problema sea tuyo! Si le pagaras más a Bernarda tendría “la clase” suficiente para juntarse conmigo, ser mi amiga y que tú no te sintieras tan molesto.

Doña Arminda miró a su hija con los ojos muy abiertos, sorprendida de que una niña de sólo nueve años pudiera llegar a esas conclusiones sola y fuera capaz de plantarle cara a su padre, tenía que confesar que por un instante, se sintió orgullosa de ella y no pudo reprimir una risa que tuvo que taparse con la mano.

—¡Eso! —gritó Don Facundo fuera de sí—. Tú ríele las gracias... Ya verás como en el futuro nos tenemos que arrepentir de las cosas que está aprendiendo.

# Capítulo

## Siete



—¿Sabías que el pájaro más pequeño del mundo es el colibrí? —le preguntó Ithaisa mientras corrían por la explanada del área recreativa de Los Cedros.

Gara, que la seguía sofocada, negó con la cabeza.

—Mide aproximadamente unos cinco centímetros de pico a cola y no suele pesar más de dos gramos —continuó contándole su amiga—. Pero lo más asombroso de este pájaro es que se mantiene en el aire agitando sus alas unas ochenta veces por segundo.

La joven Gara, que se estaba asfixiando, frenó en seco y miró a su amiga incrédula.

—¿Ochenta veces por segundo? —repitió— ¡Eso es imposible!

Ithaisa, molesta porque no la creyera se paró junto a ella, sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos tenían un brillo especial al volver a estar en contacto con la naturaleza.

—¿No te lo crees? ¡Yo puedo hacerlo!

Gara, que disfrutaba haciendo rabiar a su amiga rompió en una sonora y dulce carcajada.

—¿Sí? Demuéstramelo.

La hija de la cocinera, con su chándal azul se puso en frente de la niña y extendió los brazos, Gara la miraba divertida esperando descubrir lo que iba a hacer, pero en vez de agitar los brazos se dirigió hacia ella y empezó a hacerle cosquillas y las dos amigas terminaron en el suelo partiéndose de risa.

—Estás loca Itha —le dijo la niña entre carcajadas—. Y dime... ¿Cómo sabes tantas cosas sobre animales?

La chica de los ojos verdes se quedó tumbada boca arriba en la hierba, contemplando el cielo.

—Porque leo mucho, me gustan los libros de naturaleza. ¿Y tú? ¿No lees?

—Sí, pero bueno... A mí lo que me gustan son las novelas de amor.

Ithaisa que había permanecido seria durante más de diez segundos volvió a reír.

—¿Novelas de amor? —se mofó divertida— ¿Pero qué clase de libros son esos? Los libros que hay que leer son los que nos enseñan algo ¿De qué sirve una novela romántica?

Gara, apartándole un mechón de su cara para verle bien el rostro, le contestó: “Las novelas de amor nos enseñan a sentir, es lo más importante que podemos aprender en la vida”.

Las niñas y sus madres habían subido una hora antes al monte con el coche de Don Facundo, Doña Arminda había aparcado el todoterreno en el área recreativa de Los Cedros y habían degustado un picnic cuyo plato fuerte había sido el almogrote elaborado por Bernarda.

Sus hijas estaban tumbadas en la hierba jugando y las dos mujeres permanecían en silencio contemplándolas, habían tenido muy pocas ocasiones de estar a solas desde el día que la dueña del hotel acudió a su casa y Bernarda aprovechó la oportunidad para volver a darle las gracias.

—Ha sido usted muy amable Doña Arminda —le dijo mientras observaba el collar que la señora llevaba en el cuello—. Le estoy muy agradecida por todo lo que está haciendo por nosotras.

La mujer le devolvió la sonrisa y se perdió en el bosque de su mirada verdosa.

—No seas boba Bernarda, no he hecho nada ¡Al contrario! Soy yo la que debería darle las gracias, desde que nuestras hijas se han hecho amigas Gara parece mucho más feliz.

Ambas se quedaron en silencio observando a las niñas que de nuevo corrían por la explanada, ahora simulando que eran colibríes agitando velozmente los brazos.

—¿Sabes? —continuó la dueña del hotel en un arranque de sinceridad—. A veces yo también me siento bastante sola, es complicado tener un marido como el mío que está siempre trabajando. Yo lo entiendo y lo respeto pero eso no significa que alguna vez no se me haga insoportable el vacío de nuestro dormitorio.

Bernarda, que hasta ese momento no había apreciado con claridad la belleza que ocultaban los ojos de Doña Arminda asintió con tristeza, ella más que nadie sabía lo que era la soledad.

—No sea injusta con él señora —le dijo yendo más allá de donde la relación profesional se lo permitía—. Usted por lo menos tiene un hombre al que esperar en su habitación, algunas no tenemos ni eso.

# Capítulo

## Ocho



**A**quella tarde las niñas llegaron agotadas al hotel. En el camino de regreso Gara se quedó dormida apoyada en el hombro de su amiga. Su madre, mientras conducía, la miraba por el espejo retrovisor y no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

En aquel breve viaje Gara soñó con el bosque, con los abejorros, las mariposas y las innumerables plantas que Ithaisa le había explicado cómo reconocer, se sentía tranquila, en paz, disfrutando de esa nueva visión de su isla que hasta entonces era desconocida para ella.

—No me has enseñado a escuchar las voces de la naturaleza —le recriminó la niña al despedirse.

Ithaisa, con mirada picarona, le sacó la lengua como si su amiga acabara de decir una estupidez.

—Antes de escuchar hay que ver. Si no conoces las distintas especies, ¿cómo quieres identificar sus sonidos? Lo haremos poco a poco Gara, te prometo que cuando terminemos



estas excursiones sabrás distinguir el canto de los mirlos de los suspiros de los árboles.

La hija de los señores Curbelo estuvo a punto de protestar pero prefirió seguirle el juego.

—¿Y cuándo será la próxima lección? —La interrogó curiosa.

Ithaisa miró a Bernarda, que cargada con los restos del picnic, entraba en el hotel.

—No sé... Cuando nuestras madres puedan.

Gara la guiñó y le dio un tierno beso en la mejilla.

—Está bien hada —le contestó—. Tendré que ser paciente y conformarme con repasar en casa todo lo que he aprendido hoy.

Y antes de terminar de pronunciar las últimas palabras Ithaisa salió corriendo dando pequeños brincos y agitando los brazos como si fuese un colibrí.